

## ACTO II

### ESCENA I

Sicilia.—Salón en el palacio real

Entran HERMIONA, MAMILIO y señoras.

HERMIONA

Tomad al niño. Está insoportable.

1.<sup>a</sup> SEÑORA.—Venid, hermoso señor mío. ¿Queréis jugar conmigo?

MAMILIO.—No; no quiero.

1.<sup>a</sup> SEÑORA.—¿Por qué, señor?

MAMILIO.—Me besáis demasiado, y me habláis como si todavía fuera yo un niño de pechos. Más os quiero á vos.

2.<sup>a</sup> SEÑORA.—¿Y por qué, mi buen señor?

MAMILIO.—No porque tengáis las cejas más negras; aunque dicen que sientan mejor á algunas mujeres, con tal que no sean muy vellosas, y sí como un semicírculo ó media luna trazada con una pluma.

2.<sup>a</sup> SEÑORA.—¿Quién os ha enseñado eso?

MAMILIO.—Las mismas caras de las mujeres. Decidme ahora: ¿de qué color son vuestras cejas?

1.<sup>a</sup> SEÑORA.—Azules, señorito.

MAMILIO.—No; eso es broma. Azul tenía una señora la nariz; pero las cejas, nunca.

2.<sup>a</sup> SEÑORA.—Oídmelo... La reina vuestra madre va engrosando; y uno de estos días hemos de presentar nuestros servicios á un nuevo y hermoso príncipe. Entonces, os querellaréis con nosotras por que os mimemos.

1.<sup>a</sup> SEÑORA.—En efecto, estos últimos días está más gruesa. Dios quiera concederle un feliz alumbramiento.

HERMIONA.—¿Qué buena idea os ocupa? Ven, muchacho. Me tienes otra vez dispuesta. Ea! sentaos, y dime algún cuento.

MAMILIO.—¿Cómo le queréis: alegre ó triste?

HERMIONA.—Todo lo alegre que quieras.

MAMILIO.—Un cuento triste es mejor para el invierno. Uno sé de fantasmas y duendes.

HERMIONA.—Pues ese. Vamos, sentaos, venid, y á ver si puedes asustarme con tus apariciones; posees en alto grado este maravilloso dón.

MAMILIO.—Erase un hombre...

HERMIONA.—Ven, siéntate... Continúa.

MAMILIO.—Que habitaba junto á la cerca de la iglesia. Lo diré en voz baja, como un suspiro que apenas se oye.

HERMIONA.—Acércate, pues, y dímelo al oído.

(Entran Leontes, Antígono, señores y séquito).

LEONTES.—¿Se le encontró allí? ¿Y con su séquito? ¿Y á Camilo con él?

SEÑOR 1.<sup>o</sup>—Los encontré detrás del bosquecillo de pinos. Jamás ví á nadie andar más de prisa. Los seguí con la vista hasta que se embarcaron.

LEONTES.—¿Qué bendición el ver cuán justa era mi censura y cuán fundada mi sospecha! Ay! ¡Cuánto habría dado por ver menos clara la verdad! ¡Y

cuán desgraciado me hace esta triste ventaja! Cae una araña en el vaso, y bebemos, y su veneno no llega á afectarnos, porque la mente está exenta de recelo; pero si alguien nos advierte el odioso accidente, ¡qué violentas contracciones nos sobrecogen! Yo he bebido y he visto la araña. Camilo ha sido en esto su auxiliar, su cómplice. Sin duda algo traman contra mi vida y mi corona. Cuánto sospechaba resultó cierto... Ese falso y villano á quien yo empleaba, estaba de antemano comprado por él. Ha descubierto y revelado mi intento, y heme aquí ahora objeto de burla y escarnio. Se divierten á sus anchas á expensas mías. ¿Cómo pudieron franquear tan fácilmente las puertas?

SEÑOR 1.<sup>o</sup>—Por su grande autoridad, que había alcanzado obediencia en otras ocasiones, según mandato vuestro.

LEONTES.—Demasiado lo sé. Entregadme ese niño. Me alegro de que no haya sido amamantado por vos. Aunque se me parece un poco, algo tiene también de su madre.

HERMIONA.—¿Qué significa esto? ¿Será una chanza?

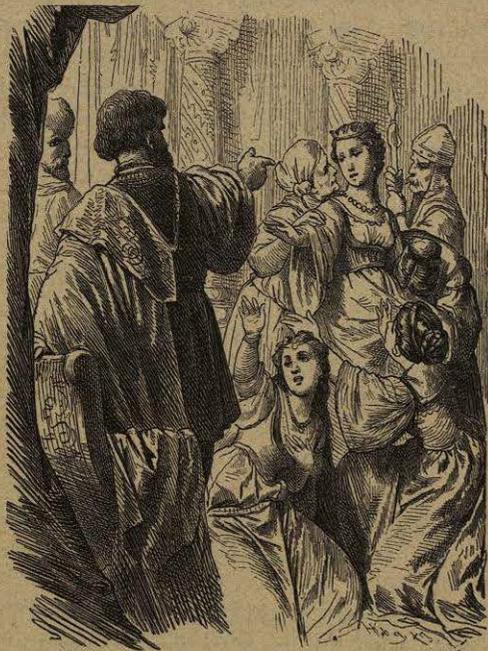
LEONTES.—Llevad de aquí al niño, y que no vuelva á acercarsele. Llevadle al punto. Consuélese con el hijo de Políxenes.

HERMIONA.—¿Cómo!... ¿Qué estáis diciendo? Basta que yo diga que no es verdad, para que vos me creáis.

LEONTES.—Miradla, señores; fijaos bien en ella, y cuando estéis á punto de decir «¡qué hermosa princesa!», la justicia de vuestros corazones no podrá menos que añadir: «¡lástima que no sea honrada!» Podréis elogiar su belleza (digna ciertamente de elogio); pero las exclamaciones de recelo y menosprecio—¡oh, apenas puedo decirlo!—os asaltarán de todos lados antes de confesar que es honrada. Pero sépase de boca de quien más sufre la ofensa; esta mujer es adúltera.

HERMIONA.—Si esto lo dijera un villano, el más infame, se cubriría de oprobio todavía. Lo decís vos... y no hacéis más que engañarnos.

LEONTES.—Habéis equivocado, señora mía, á Polixenes por Leontes. Y no te doy el nombre que me



reces por no dar á la multitud un ejemplo que serviría más tarde para confundir en un mismo nivel á príncipes y villanos. He dicho que es adúltera; y he dicho con quién. Pero hay más. Es traidora; y Camilo es su cómplice. Y tanto á su vil amante como á éste, ha favorecido en su fuga.

HERMIONA.—¡Ah, no! lo juro por mi vida. Ninguna parte he tenido en lo uno ni en lo otro. Cuando la verdad se haya abierto paso ¡cuánto os afligirá haberme afrontado públicamente! ¡Ah, señor! Di-

ficilmente podréis hacerme justicia entonces diciendo que os habéis equivocado!

LEONTES.—No. Si me engañan las pruebas en que me fundo, los mismos cimientos del universo serán tan débiles, que apenas puedan soportar un juguete infantil. Llevadla á la cárcel. Quien se atreva á interceder por ella se hará culpable de traición con sólo despegar los labios.

HERMIONA.—Alguna estrella aciaga preside hoy nuestro destino. Aguardaré con paciencia á que el cielo tome más favorable aspecto. Dignaos señores: no soy inclinada al llanto, como suelen las de mi sexo; acaso la ausencia de inútiles lágrimas amortigüe vuestra piedad. Pero me martiriza en el fondo del corazón el dolor de la injuria, y enciende en él tan vivos fuegos, que no lo apagarían mis lágrimas. Os ruego, señores, que me juzguéis según os dicten los pensamientos que vuestra mayor caridad inspire, y con ello, cúmplase la voluntad del rey.

LEONTES (*á los guardias*).—¿Me habéis oído?

HERMIONA.—¿Quién debe venir conmigo? Suplico á Vuestra Alteza que me acompañen mis damas, pues así lo requiere mi estado. No llores, pobres tontuelas, que no hay motivo para ello. Guardad vuestro llanto para cuando sepáis que vuestra señora mereció este castigo. Lo que ahora pasa es para mi mayor justificación. Adiós, mi señor. Jamás os deseé el menor pesar; temo que lo sintáis bien pronto. Venid, señoras; tenéis licencia para ello. (*Salen la reina y damas.*)

LEONTES.—¡Salid! Ejecutad mis órdenes.

SEÑOR 1.º—Ruego á Vuestra Alteza que vuelva á llamar á la reina.

ANTIGONO.—Meditad lo que hacéis, señor; no sea que vuestra justicia degeneren en tiranía. Tres personas saldrían entonces perjudicadas: vos, la reina, y vuestro hijo.

SEÑOR 1.º—De ella, señor, respondo con mi vida siempre que queráis. Dignaos aceptarla en testi-

monio de que la reina se halla limpia de toda mancha á los ojos del cielo, é inocente del crimen de que la acusáis.

ANTIGONO.—Si no es inocente, juro convertirme en vigilante eterno de mi esposa; no saldría sino con ella, donde pudiera verla y tocarla, pues ya no podría confiar en su virtud; porque si la reina es falsa, no hay, sobre el haz de la tierra, mujer alguna que no lo sea.

LEONTES.—Cesad en vuestros ruegos.

SEÑOR 1.º—Señor...

ANTIGONO.—Si hablamos, es por vos, no por nosotros. Estáis alucinado, sin duda por algún intrigante que ha de condenarse por ello; á saber yo quién es, ya le condenaría yo por mi propia mano. Si llegase á dudar de la honestidad de la reina... tres hijas tengo, de once años la mayor y nueve la segunda, y cinco la menor... Las prefiero muertas antes de los catorce, á verlas madres de hijos bastardos.

LEONTES.—Basta. Mostráis en este asunto tan fría indignación, como los órganos de un difunto; pero yo, yo la siento, como sentiríais vosotros una bofetada.

ANTIGONO.—Pues si es así, no hay que buscar sepulcro donde enterrar la honradez; porque no existe ya ni sólo un átomo de ella que endulce nuestra odiosa vida.

LEONTES.—¡Qué! ¿Dudáis de mi palabra?

SEÑOR 1.º—Señor: en tal asunto prefiero dudar de vuestra palabra que de la mía; y me placería mucho más que resplandeciese la verdad de su honra que la de vuestra sospecha, por mucho que hubiéseis de ser censurado por ello.

LEONTES.—Pero ¿qué necesidad tengo de daros en esto participación alguna? ¿Ni qué necesito hacer sino seguir la fuerza de mi propia voluntad? Nuestra prerrogativa no quiere vuestros consejos, y sólo por natural bondad os hemos hablado de ello. Y si

aturdidos por la sorpresa, ó astutamente aparentando estarlo, no reconocéis la verdad como yo, tened sabido que no necesito vuestros consejos. El asunto, y lo que con él se pierda ó se gane, y la disposición de todo lo relativo á él, nos conciernen exclusivamente.

ANTIGONO.—¡Y ojalá, mi señor, lo resolviérais en el silencio de vuestro propio juicio, sin más explicación!

LEONTES.—¿Y cómo era posible? O la edad te ha vuelto ignorante, ó eres imbécil de nacimiento. Este proceder ha sido necesario á causa de la fuga de Camilo, añadida á la familiaridad de los otros dos culpables: familiaridad tan evidente como la que jamás haya dado fundamento á la conjetura, y á la cual sólo falta el testimonio de la vista, pues tiene en su apoyo el concurso de todas las demás circunstancias. Sin embargo, para mayor confirmación (porque en acto de tanta importancia no se ha de proceder temerariamente) he enviado á Cleómenes y á Dión al sagrado Delfos, al templo de Apolo. Conocéis la probada calidad de los dos; y ellos me traerán la respuesta del oráculo, cuyo consejo espiritual me hará proseguir ó detenerme en este camino. ¿Qué os parece?

SEÑOR 1.º—Perfectamente, señor.

LEONTES.—Aun cuando estoy satisfecho y me basta lo que sé, el oráculo servirá para evitar la muerte de otros; como los que por ignorante credulidad se resisten á la evidencia. Así, hemos tenido á bien confinarla, para que no pueda llevar á cabo la traición urdida por los dos fugitivos. Venid y seguidnos, que tenemos de hablar en público; pues este es asunto que nos pondrá en movimiento á todos.

ANTIGONO (*aparte*).—Para acabar riendo seguramente, luego que se sepa la verdad. (*Salen.*)

## ESCENA II

Sicilia.—La antesala de una cárcel

Entran PAULINA y séquito.

PAULINA.—Llamad al carcelero. (*Sale uno del séquito.*) Decidle quien soy. ¡Digna señora! ¿Qué haces en una prisión, tú á quien no bastaría la mejor corte de Europa? (*Vuelve á entrar el criado con el carcelero.*) Y bien, señor mío: me conocéis ¿no es así?

CARCELERO.—Sé que sois una digna matrona á quien profeso el mayor respeto.

PAULINA.—Tened, pues, la bondad de conducirme á presencia de la reina.

CARCELERO.—No puedo, señora, porque lo tengo prohibido.

PAULINA.—Mucho se afanan en impedir que la virtud y el honor encarcelados no reciban la visita de las personas dignas. ¿Podré ver, al menos, á las damas de la reina? ¿A Emilia?

CARCELERO.—Si os dignáis, señora, hacer que se retire vuestro séquito, haré venir á Emilia.

PAULINA.—Os ruego que la llaméis. (*A su séquito.*) Retiráos. (*Salen las personas del séquito.*)

CARCELERO.—Y es preciso, señora, que yo presencie vuestra conferencia.

PAULINA.—Bien: sea. Mucho empeño ponen en que parezca manchado lo que no tiene mancha alguna. (*Sale el carcelero y vuelve con Emilia.*) ¿Cómo está nuestra digna señora, querida Emilia?

EMILIA.—Tan bien como es posible en persona tan grande y desventurada. Sus alarmas y sus penas (que jamás fueron mayores en una señora sensible y delicada) precipitaron su alumbramiento.

PAULINA.—¿Parió niño?

EMILIA.—No, una niña: muy robusta y hermosa y que vivirá, según parece. La reina goza en ella un gran consuelo, y suele decirle: «¡Pobre prisionera mía: soy tan inocente como tú!»

PAULINA.—Así lo juraría yo. Estos arranques de locura del rey son peligrosos, y es necesario que así se lo digan, y se lo dirán. La tarea corresponde mejor á una mejer, y yo la tomo sobre mí; y que se me queme la lengua y no me vuelva á servir jamás para expresar mi indignación, si he de emplear frases melosas en este caso. Os ruego, Emilia, que hagáis presente á la reina el homenaje de mi mayor obediencia. Si se atreve á confiarme su tierna criatura, la presentaré al rey y abogaré por ella con cuanta fuerza me sea posible. No sabemos hasta qué punto pueda suavizarlo la vista de la niña; pues á menudo el silencio de la inocencia llega á persuadir cuando no basta la palabra.

EMILIA.—Dignísima señora: vuestro decoro y bondad son tan evidentes, que esta espontánea empresa no puede menos que tener un éxito feliz; ni hay en el mundo persona alguna más adecuada á ese gran propósito. Si os dignáis pasar á la habitación inmediata, yo iré á informar á la reina de tan noble oferta. Hoy estaba pensando en este designio; pero no se atrevía á encargarlo á nadie por temor de una negativa.

PAULINA.—Decidle, Emilia, que usaré de mi elocuencia como pueda; y que si esta fuere tanta como mi resolución, no hay duda que algo conseguiré.

EMILIA.—¡Que el cielo os bendiga por ello! Voy á ver á la reina. Dignaos acercaros.

CARCELERO.—Señora: si la reina consiente en enviar á la niña, ignoro á lo que me expongo dejándola salir sin tener orden para ello.

PAULINA.—Nada tenéis que temer. La niña era prisionera en el seno de la madre; y por la ley y acción de la naturaleza ha sido libertada. Ni es partí-

cipe en la cólera del rey, ni culpable de faltas de la reina, si es que existiere alguna.

CARCELERO.—También lo creo así.

PAULINA.—No temáis. Os prometo por mi honor, interponerme entre vos y cualquier peligro que os amenaza.  
(*Salen.*)

### ESCENA III

#### Habitación en el palacio

Entran LEONTES, ANTIGONO, señores y séquito

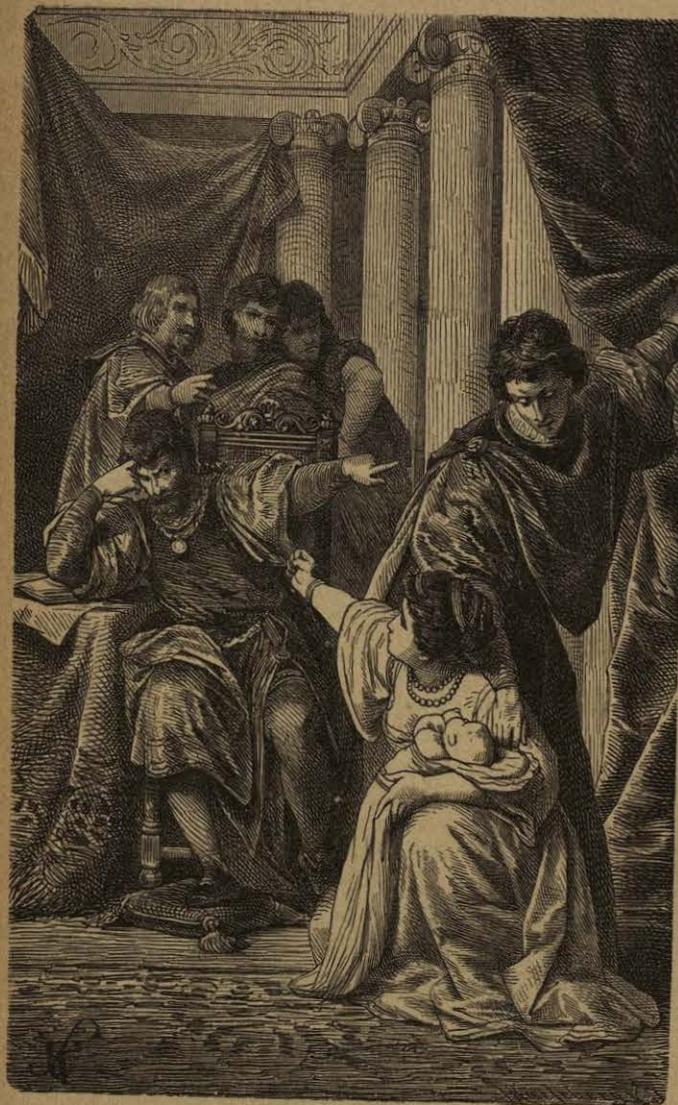
LEONTES.—Ni de día ni de noche encuentro reposo. Soportar esto más tiempo no es sino debilidad. Aquel rey farsante está fuera del alcance de mi brazo, y á cubierto de todo plan y astucia de mi cerebro. Pero á ella, á la adúltera, la tengo en mi mano. Si ya hubiera desaparecido, consumida en el fuego, yo recobraría la mitad de mi reposo. ¿Quién hay allí?

CRIADO 1.<sup>o</sup> (*avanzando*).—¿Señor?

LEONTES.—¿Cómo se siente el niño?

CRIADO 1.<sup>o</sup>—Descansó bien anoche. Se cree que su enfermedad ya no ofrece peligro.

LEONTES.—¡Cuánta nobleza la suya! Comprendiendo el deshonor de su madre, se abatió inmediatamente, víctima de la más profunda tristeza: perdió la animación, rehusó el alimento, le faltó el sueño, y ha ido desfalleciendo de día en día. Vé á saber cómo sigue. (*Sale el criado.*) ¡Bah! ¡bah! No hay que pensar en él. La idea de mi venganza me absorbe por completo. Mientras llega la hora de vengarme de Políxenes, harto poderoso por sí y por sus aliados, saciaré mi encono en ella. Camilo y Políxenes se ríen de mí. No se reirían, ni tomarían á chanza mi



LEONTES. *Echadla de aquí*

congoja, si estuvieran al alcance de mi mano, pero al menos no se reirá ella á quien tengo en mi poder.

*(Entra Paulina con la niña.)*

SEÑOR 1.<sup>o</sup>—No podéis entrar.

PAULINA.—Ayudadme, señores: ¿Teméis más su pasión tiránica, que el peligro de la vida de la reina? Alma inocente y benigna, más inocente que él celoso.

ANTIGONO.—Basta.

CRIADO 1.<sup>o</sup>—Señora: no ha dormido anoche y ha ordenado que no se dé audiencia á nadie.

PAULINA.—¡Ah! no mostréis semejante celo. Vengo á traerle el sueño. A gentes como vos, que os deslizaís junto á él á manera de sombras, y suspiráis cuando él da inútiles suspiros, debe su insomnio. Yo vengo con palabras honradas y veraces á disipar ese humor que le ahuyenta el sueño.

LEONTES.—¡Eh! ¿Qué ruido es ese?

PAULINA.—Nada, señor; que solicito de vuestra Alteza audiencia, para tratar del bautizo de vuestro hijo.

LEONTES.—¿Cómo? Echad de aquí á esta señora. Antígono: os mandé que no la permitiérais llegar aquí. Ya sabía yo que lo haría.

ANTIGONO.—Le había intimado, señor, so pena de vuestro desagrado y del mío, que no viniera.

LEONTES.—¡Qué! y no puedes imponer tu autoridad?

PAULINA.—Sí, en lo que es honroso. En esto, á no ser que como vos, oprima á quien proceda honradamente, no puede gobernarme.

ANTIGONO.—¿Lo oís? Cuando se lanza una vez, no hay modo de contenerla.

PAULINA.—Mi buen soberano; os suplico que me escuchéis; pues me precio de ser fiel servidora vuestra, vuestro médico y más obediente consejero, aunque al aliviar vuestros males me atreva á parecerlo menos que los que os rodean; vengo de parte de vuestra honrada reina.

LEONTES.—¡Honrada reina!

PAULINA.—Sí señor; honrada reina. Y á ser yo hombre, siquiera el último de los que están con vos, probaría con las armas en la mano, que es honrada.

LEONTES.—¡Echadla de aquí!

PAULINA.—Al primero que me toque le arrancaré los ojos. Me iré, pero por mí misma. Antes he de cumplir mi encargo. La buena reina, porque es buena, os ha dado una hija y la encomienda á vuestra bendición. Hela aquí. *(Depone á la niña.)*

LEONTES.—¡Fuera! ¡Echad á esta bruja fuera de las puertas! Es una alcahueta.

PAULINA.—¡Ah! no. Ignoro tan vil oficio. Y mi honradez es tanta como vuestra locura; lo cual, al paso á que va el mundo, es suficiente para pasar por honrada.

LEONTES.—¡Traidores! ¿Y no la arrojáis de aquí? ¡Que se lleve á la bastarda! *(A Antigono.)* A ver, tú, imbécil que te dejas gobernar por tu mujer ¡ea! levanta á la bastarda: levántala, digo, y entrégasela.

PAULINA.—¡Malditas para siempre tus manos si levantas á la princesa obedeciendo al impulso de servilismo que se te quiere imponer!

LEONTES.—¡Teme á su mujer!

PAULINA.—Ojalá sucediera lo mismo con vos; que entonces no habría duda de que llamaríais propios á vuestros hijos.

LEONTES.—¡Raza de traidores!

ANTIGONO.—Os juro que no lo soy.

PAULINA.—Ni yo, ni cuantos estamos aquí, excepto uno solo; y ese es el mismo que hace traición á su propio sagrado honor, al de la reina, al de su hijo tan lleno de esperanzas, y al de su hija recién nacida y les entrega á la difamación y al escándalo, cuyas heridas son más terribles que las de la espada, ese es quien no puede desarraigar de su alma una opinión injusta y humillante.

LEONTES.—Embustera deslenguada, que acaba de intimidar á su esposo y ahora aúlla contra mí.

Ese cachorro no tiene sangre mía y es de la raza de Polixenes; llevadla fuera, y echadla al fuego junto con su madre!

PAULINA.—Vuestra es, sí; y oportuno sería ahora repetir el antiguo proverbio; tan parecida á vos, que es desgracia para ella. Porque, mirad, señores, aunque en diminuto tamaño, toda la estampa y copia del padre: ojos, nariz, labios, cejas y frente, y hasta los hoyuelos de las mejillas y barba, y el molde y configuración de la mano y de los dedos; todo, toda. Y tú ¡buena diosa naturaleza! que la has hecho tan igual al que la engendró, si también está en tu poder el ordenar las cualidades de la mente, de todos los colores quita el amarillo de los celos; no sea que ella venga á sospechar, como lo hace él, que sus hijos no sean de su esposo!

LEONTES.—¡Bruja!... ¿Qué haces, imbécil, que no la mandas callar? Mereces la horca!

ANTIGONO.—Ahorcad, señor, á todos los maridos que no pueden enfrenar la lengua de sus mujeres, y os quedaréis sin vasallos.

LEONTES.—Por última vez, llevadla fuera!

PAULINA.—No podría hacer más el más indigno y desnaturalizado padre.

LEONTES.—Te condenaré á la hoguera!

PAULINA.—No me importa. No es hereje quien perece en el fuego, sino quien lo enciende. No os llamaré tirano; pero este modo tan cruel de tratar á la reina (cuando no podéis lanzar contra ella más acusación que vuestras débiles cavilaciones) es tiranía, y os convertirá en objeto de escándalo para el mundo entero.

LEONTES.—Por vuestro juramento de fidelidad y obediencia, echadla del aposento! Si fuera yo un tirano ¿qué sería de su vida? Y á fe que á ser yo tal, no se habría ella atrevido á darme ese nombre. Ea! ¡Fuera con ella!

PAULINA.—No me empujéis, os lo ruego. Me iré. Tended una mirada á vuestra hija, mi señor; es

vuestra. Quiera Júpiter enviarle por guía un espíritu mejor. De todos vosotros que tan complacientes sois con sus locuras, no hay uno, no, ni uno siquiera capaz de hacerle un beneficio. Y con esto, adiós. *(Sale.)*

LEONTES.—Tú, traidor, impulsaste á tu esposa á esta escandalosa escena. ¿Hija mía? ¡Fuera de mi vista! Y tú mismo, ya que te muestras tan blando de corazón para ella, tú mismo has de llevártela y hacer que el fuego la consuma. Levántala al instante. Te doy una hora de plazo para que me avises quedar cumplida esta orden, y lo pruebes con suficiente testimonio. Si rehusas y desafías mi cólera, dilo. Y con mis propias manos haré saltar los sesos de la bastarda. Derecho con ella al fuego; porque tú has instigado á tu mujer.

ANTIGONO.—No es así, señor; y todos estos señores, mis nobles compañeros, pueden atestiguarlo.

SEÑOR 1.º—Sí, lo podemos. No es culpable, señor, de la venida de su esposa.

LEONTES.—Todos sois unos embusteros.

SEÑOR 1.º—Suplico á Vuestra Alteza que nos dé mejor crédito. Os hemos servido siempre con lealtad; y os imploramos ahora de rodillas, en recompensa de los servicios pasados y por venir, que revoquéis vuestro intento sanguinario y horrible que quizás conduzca á algún funesto resultado. Os lo rogámos prosternados.

LEONTES.—¿Tengo que ser como una pluma para cada viento que sopla? ¿Habré de vivir para ver á esta bastarda arrodillarse y llamarme padre? Mejor que maldecirla entonces es quemarla ahora. Pero, sea; que viva. *(A Antígono.)* Acercaos aquí, señor mío. Vos que habéis sido tan tiernamente solícito junto con vuestra esposa, para salvar la vida de esa bastarda—porque bastarda es, tan cierto como que estas barbas encanecen—¿qué queréis arriesgar para salvar la vida de esa chicuela?

ANTIGONO.—Todo, señor, todo lo que me sea po-

sible y la nobleza consienta. A lo menos, comprometo por salvar á esta inocente, la poca sangre que me queda, y cuanto me sea posible.

LEONTES.—Pues será posible. Jura por esta espada, que obedecerás mis órdenes.

ANTIGONO.—Lo juro, señor.

LEONTES.—Atiende bien y cumple, ¿oyes? porque si faltas en un solo punto será tu muerte segura y no sólo la tuya, sino la de esa deslenguada de tu esposa á quien por ahora perdonamos. Te intimamos, en nombre de la obediencia que como vasallo nos debes, que lleves de aquí á la bastarda á algún sitio desierto y remoto, lejos de nuestros dominios; y una vez allí la dejes sin más conmiseración entregada al favor del clima. Y pues ha venido á Nos por tan extraño modo, en justicia te impongo, so pena del peligro de tu alma y de la tortura de tu cuerpo, que la dejes en algún punto donde el acaso pueda ó ampararla ó destruirla. Llévatela.

ANTIGONO.—Juro hacerlo así, aunque una muerte inmediata habría sido más misericordiosa. Ven, pobre criatura. ¡Que algún poderoso espíritu enseñe á los buitres y á los cuervos á servirte de nodriza! Dicen que los lobos y los osos, apartándose de su índole salvaje, han hecho alguna vez oficios de piedad. Señor, que la prosperidad os favorezca en más de lo que merece este acto. Y á ti, pobre queñuela desvalida, acompaña la bendición del cielo y luce con esta crueldad y evite tu pérdida!

*(Sale con la niña.)*

LEONTES.—No; no cobijaré la prole agena.

CRÍADO.—Con la venia de Vuestra Alteza; hace una hora han llegado mensajeros de los enviados que fueron al oráculo. Cleómenes y Dión, vueltos felizmente de Delfos, han desembarcado y apresuran su marcha hacia esta corte.

SEÑOR 1.º—Dignaos notar, señor, que su rapidez ha excedido á todo cálculo.